

X **¿FUE MEDICO PASTERNAK?**

Desde el siglo XIX se han sucedido los libros de crónicas noveladas sobre el tema de revoluciones y guerras civiles como por ejemplo el de A. Dumas: *Memorias de un Médico*; de Galdós: *Episodios Nacionales*; de E. M. Remarque: *Sin Novedad en el Frente*; de E. Mylosz: *La Mente Cautiva*; de Bernanos: *Cementerios a la luz de la Luna*; de R. Gironella: *Los Cipreses creen en Dios*; de E. Hemingway: *Por quién doblan las Campanas*, y por último el de A. Moorehead: *La Revolución Rusa*.

Para el biólogo, tales relatos constituyen provechosas enseñanzas relacionadas con problemas del hambre, escasez de grasas, mercado negro, inmoral inflación, relajación ética, embarazos angustiados, psicosis de miedo, sirenas de alarma, colas interminables agotadoras, registros domiciliarios, epidemias; y sobre tan deplorable paisaje urbano y aldeano, el guerrillero audaz, el matón encumbrado y los jerrarcas invisibles. Como si esto fuera poco para colmar la desdicha, la obsesiva y justificada insistencia a través del contexto de la novela *El Doctor Jivago*, referida a la plaga de ratas con sus pulgas de la peste, y a la de la ropa sucia con sus piojos portadores del tifus exantemático.

Con toda la objetividad posible contemplamos el hecho paradójico, penoso y hasta festivo a lo largo de este interesante y azaroso siglo XX, en que nos ha tocado vivir, de que ni la ciencia ni las artes se libran del impacto político-económico-publicitario. De este último bluff hay que cuidarse mucho para no anegarse inconscientemente en su fascinadora "tina de Popea"; ya en otros trabajos dábamos la voz



de alerta sobre la presión imponderable del bombardeo propagandístico saturador en las mentes populares a través de las edades y culturas.

Del influjo económico es obvia su importancia en el aspecto "Premio", cuando éste impulsa al inventor o descubridor hasta el éxito (intención de Nobel) o bien a la inversa con el resultado paralizante y desalentador.

Tenemos palpables ejemplos del impacto político, a interpretar como una nueva versión de aquellos organismos medievales que con títulos más o menos afines fulminaban desde la anglicana Londres, la calvinista Ginebra, la apostólica Toledo o la Sede romana, infamantes anatemas contra la obra, el autor o para ambos, mediante los edictos del Index Expurgatorius protestante, o del Inquisitorum Librorum prohibitorum romano, y contra aquellos filósofos vehementes e indiscretos como Budeo, Servet y Rabelais, o procurando ignorar a Vives, Castalión y Erasmo de Rotterdam. Sin embargo a este último no sólo se le permitieron varias ediciones sino que el emperador Carlos V, por razones de Estado o mejor, estrategia diplomática, le pensionó, a despecho de las quejas que discretamente expusieron sus canónicos consejeros. Aficionado a los epigramas comentó así los ataques a su protegido:

El que habla mal de Erasmo  
O es tonsurado, o asno...

Las satrapías occidentales del siglo XX, a partir de Porfirio Díaz, J. Vicente Gómez, etc., raramente condenan a los autores mientras no escriban inconveniencias acerca de su ínsula de usufructo vitalicio, pero aún así y velando por compromisos internacionales (Concordatos, Modus vivendi, Estatuto Luterano, etc.) se limitan a disuadir a los escritores con el socorrido slogan de que "no hay papel", pero raramente presionan con la tortura intelectual de las retracciones públicas o loas serviles a sus respectivos "benefactores" compulsivos y fuertes. Se limitan a abandonarlos a su suerte de sabios o escritores indigentes, un ostracismo que sin embargo deja intacta la dignidad y hasta su preciosa y relativa libertad.

Del bluff publicitario son ejemplos bastante recientes las dos novelas más dispares que leerse puedan: la del americano Hemingway "El viejo y el mar", una auténtica obra



maestra por su poder de síntesis, humanismo y claridad, la que en pocas páginas logra llegar al alma de todos con una técnica de salmo, o sea a base de brevísimos párrafos que a veces no llegan a la línea pero que dan al contexto la hechura de un poema dramático, con sólo barajar tres personajes: el viejo, un pez y el chico.

El auténtico polo opuesto lo leemos en el grueso tomo del "Doctor Jivago" que por lo menos en las versiones al francés, italiano y español requiere unas 650pp. Al contrario de aquel trío, hemos llegado a sumar 122 personajes en la obra de Pasternak, lo que en la historia de la novela constituye un auténtico record.

Pero ambos premios Nobel se otorgaron en medio de un aturdiendo y desaprensivo mecanismo publicitario, probablemente desencadenado sin que los ya finados autores pudieran evitarlo, entre un abrumador alud de intereses político-económicos que les rebasaron atropelladamente. Es como si a un lego ermitaño que cura de Gracia y se alimenta de hierbas por voto de soledad y pobreza, le caen inesperadamente un nutrido grupo de periodistas, sicoanalistas, camarógrafos y hasta opulentos empresarios y editores que le tientan mejor que su habitual y clásico tentador luciferino, ofreciendo comprarle declaraciones mágicas a un dólar por palabra, viajes en Jet, suntuoso alojamiento, para al fin ponerle en dorada picota dentro de un hall olímpico ante una multitud de curiosos espectadores ansiosos de ver aquella rareza. Un comercial y gigantesco escenario montado por alguna agencia noticiosa en nueva e inescrupulosa versión del Ecce Homo.



Algo de esto le ocurría al robinsonesco, robusto y bohemio escritor yanqui, el que en su proverbial despreocupación poco buscó la fama ya que ella le llegó gozosamente. Su simpático "nomeimportismo" le situaba en la acera opuesta del cotizado, acicalado y artificioso estrellato del cine industrial y más bien buscó una playa donde armar su cottage entre pobres pescadores, algunos negros y un sol de justicia... Así como su colega, el sentimental y enfermizo ruso levantó su rancho de troncos al pie del bosque de abetos y abedules.



Aún no sabemos si también otro equipo de ortodoxos reporteros, fotógrafos y corresponsales llegaría hasta el recoleto estudio boscoso para confeccionar una interwiev "especialmente preparada" para los ingenuos lectores ansiosos de leer algún día sus memorias. Es probable que, como el citado eremita curandero, Pasternak viera azarado la irrupción del publicitario equipo para interrogarle y luego "aderezar" la verdad oficial literaria. El mismo nos dice en *Dr Jivago*: El hombre que no es libre idealiza siempre su propia esclavitud. Así ocurrió en la Edad Media (pp. 565).

Como anticipo y promesa del libro, la revista literaria moscovita ZNAMIA, publicó en 1954 los "Versos del Dr Jivago" poemas de intenso valor sentimental y cristiano (ortodoxo, se entiende) atribuídos a su protagonista. Edición preparada por la editorial estatal GOSLITIZDAT, e impresa y distribuída en Rusia con retraso después del mundial escándalo de librería, rechazo del Nobel etc., ya conocidos.

Un diario de Lausanne llamó a estas memorias o narración de la guerra civil, una "historia de un grande y desesperado amor", pero en realidad los lectores sencillos se enfrentan estupefactos con un poeta y novelista no sólo sentimental y piadoso sino con un auténtico Don Juan lleno de hijos naturales que, con sus cuatro mujeres sucesivas puede compararse en el mejor de los casos a los patriarcas de la antigüedad, así como Hemingway trató en cierto modo de remedar la vida de las estrellas cinematográficas con el ya clásico desfile de sucesivas dulcineas; sin embargo, este Robin barbudo formaba "un todo" armónico de arrolladora vitalidad mientras que el ruso nos recuerda, con todos los respetos debidos al novelista, aquel viejo adagio colonial, "de día beata y de noche gata".

Sin embargo, lo que más interesa de esta larguísima historia del Doctor Jivago es el análisis del médico protagonista y su visión de los pacientes, una vez descartado el embrollo de tantas interrupciones, reanudaciones, sembradas de innumerables apellidos rusos de difícil retención a lo largo del contexto, así como el relato de diversos amores entre anacrónicos marcos de coches de punto, alcobas de un barroco polvoriento, estufas que no tiran, amadas con peinador o negligé... y menos mal que nos dispensa del corsé con ballenas; tengase en cuenta que la obra fue terminada hace muy pocos años. Ojalá los médicos lectores no hallen



otros reparos a los diagnósticos formulados por el Doctor Jivago.



Destaca en Pasternak, aún por encima del sentimental poeta, un auténtico narrador ruso, y entre los episodios alucinantes citaríamos el del inacabable viaje en un abarrotado tren de carga a través de la helada estepa. No obstante dudamos de la fidelidad al modelo en una lengua tan difícil como la rusa, traducida al italiano y de éste al español. Es obvio preguntarse: ¿habrán podido los dos traductores captar el estilo y la intención del original? ¿Qué es lo que de la personalidad originaria nos ha llegado? ¿Qué quiso decirnos desde su retiro "el viejo y el bosque"?

El autor también nos envía su mensaje dogmático sobre la misión del ser humano en la Tierra, al margen y en contra, si es necesario, de razones de Estado ya que sólo somos huéspedes de la existencia, viajeros a medio camino entre dos estaciones... pero nada nos dice de cómo vivió durante el sórdido período staliniano sin apenas decir esta boca es mía mientras no vaciló en salir de su madriguera amable una vez fallecido el jerarca y abierta la nueva era de relativa tolerancia. Hasta cantó una especie de palinodia (1) en su famosa carta a Pravda con otra para Mr. K. En resumen, este poeta llevaba muchos años de ejercer la profesión y por lo tanto tuvo la suerte de vivir de sus novelas y poemas a no ser que su esposa cooperara en el sostén del hogar. Recordemos que su padre pudo educarle gracias a los medios que le proporcionaba su clientela como pintor retratista distinguido, así como su madre ejercía la docencia musical y daba conciertos de piano. Es probable que las tendencias académicas de Leonid —casi fotográficas— le proporcionaran grandes éxitos.

Si urgamos en las diversas etapas del escritor, descubrimos cómo su excesivo y hasta impertinente Ego evoluciona desde aquel donjuanismo que plasma en la primera amiga Tonia para proseguir con Lara, Larisa, Marina, hasta un pesimismo no exento de mística, que a lo mejor encubre cierto miedo a los críticos de la Enciclopedia Literaria. Habla del Evangelio con más frecuencia, y hasta escribe su poema: "En Semana Santa", pero donde aparece más clara dicha evo-







llosamente todos los abcesos. Sin equívocos y con toda sencillez se liquida una injusticia secular que estaba acostumbrada a recibir inclinaciones, reverencias y toda clase de homenajes. Y en la forma en que todo esto ha sido llevado hasta el final, sin vacilaciones, hay algo que pertenece a nuestra tradición nacional, algo familiar y de costumbre. Algo de la luz absoluta de Pushkin, el anunciador, y de la impecable fidelidad a la realidad de un Tolstoi". (Imagen médica para relatar la revolución de Octubre).

En 12, describe así una marchita beldad: La mujer que armaba todo aquel alboroto vestía un abrigo de astrakán, desabrochado, bajo el cual oscilaban como capas de gelatina, la doble papada, el pecho abundante y el vientre cubierto por un traje de seda. Comprendíase que en otros tiempos debió de haber sido considerada una belleza entre los comerciantes de tercer orden y sus dependientes. Las fisuras de sus ojos porcinos, con los párpados hinchados, apenas se abrían. En tiempos inmemoriales, una rival le había arrojado vitriolo a la cara, pero ella pudo esquivarlo y solamente dos o tres gotas de ácido le señalaron la mejilla izquierda y la comisura de los labios, dejando unas pequeñas huellas que ella consideraba que realzaban su encanto" (por excepción el autor suelta su humor acerca de la gorda y ridícula Khrapuguina).



En la octava parte 8, aparece el naturalista: "Con una yegua blanca que había parido hacía poco, los llevó a su destino un viejo de grandes orejas y de hispídos y blancos cabellos como la nieve. Todo en él era blanco por diversas causas. Sus zapatos de corteza, muy nuevos todavía no habían tenido tiempo de ennegrecerse por el uso. En cambio los pantalones y la camisa se habían vuelto blancos por el uso y el tiempo. Tras la blanca yegua, despatarrado, porque los cartílagos de sus patas no habían formado aún los huesos, corría un potrillo negro como la noche. Con su rizada cabeza parecía un juguete de madera tallada".

En la novena parte 1, declara: "He renunciado a la medicina y guardo silencio sobre mi profesión para no limitar mi libertad. Pero siempre algún pobrecillo de cui-



quier rincón del mundo se entera de que en Varykino se ha establecido un médico y camina treinta verstas para pedir un consejo, quien con una gallina, quien con huevos, quien con mantequilla o cualquier otra cosa. Me gustaría rechazar los honorarios, pero me veo obligado a aceptarlos porque la gente no cree en la eficacia de los consejos gratuitos. Y así el ejercicio de la medicina nos proporciona algunas cosas".

En 9, hay este diálogo: Lo siento amigo mío. No se disguste, pero he dejado de ocuparme de todo eso. Ni tengo medicinas ni instrumental apropiado. Pero no era fácil quitármelo de encima.

Ayúdame. Estoy perdiendo la piel. Ten piedad. Tengo el cuerpo lleno de llagas.

¿Qué hacer? El corazón no es de piedra. Y me decido a examinarlo. Desnúdate. Lo examino. Tienes lupus. Me ocupo de él y mientras tomo la botella de fenol he logrado también otras cosas más necesarias!

En la décima parte 5, habla de un homeópata: "Al quitarse el pañuelo y la pelliza, Galuzina hizo un falso movimiento y advirtió una punzada en el costado y una sensación de peso en el homóplato. Asustada gritó y, balbuceando: "Gran protectora de los afligidos, purísima Virgen, socórreme, protección del mundo!" se echó a llorar. Los corchetes que abrochaban el cuello sobre la nuca y la espalda se le escapaban de las manos y se clavaban en los blandos pliegues de la tela. A duras penas consiguió soltarlos".

En la doceava parte 2, habla de los remedios disponibles: "Por lo que se refiere a las medicinas, quedaba solamente quinina, yodo y sal de Glauber. El yodo, indispensable para las operaciones y la medicación, estaba en cristales que había que disolver en alcohol. Lamentándose entonces de haber destruido la producción de "samogón" (aguardiente rusa) y se dirigieron a los destiladores menos culpables, rehabilitados en su tiempo, para que reparasen los antiguos aparatos de destilación o fabricaran otros nuevos. De este modo, para usos médicos, fue reorganizada la producción de samogón, abolida antes. En el campamento la gente guiñaba el ojo y sacudía la cabeza. A causa de la creciente desmoralización, volvió a extenderse la embriaguez. En la destilación alcohólica se llegó casi a los cien grados. El líquido de tal graduación disolvía bien los preparados cristalinis. Más tarde a principios de invierno con quinina disuel-



ta en aquel samogón, Yuri Andreivitch (Jivago) curó los casos de tifus exantemático que se manifestaron de nuevo con los grandes fríos".



El doctor insiste a través del contexto en dos plagas de guerra: los piojos y las ratas, los primeros contagian la peste y el tifus y las segundas no sólo saquean víveres, destrazan casas e impiden el reposo sino que convierten los dormitorios en pocilgas difundiendo las demás epidemias. Pero hay unos curiosos párrafos de psicoanálisis, excepcionales en dicho autor y que no nos resistimos a transcribir. Habla de metempsicosis, al atender como médico a su amiga Anna Ivanovna enferma de pulmonía que siente pánico a la muerte y le dice: "Pero en el tiempo, siempre la misma vida, inconmesurablemente idéntica, vuelve a llenar el Universo, cada hora se renueva en innumerables combinaciones y transformaciones. Y ahora te preocupas si resucitarás o no, cuando ya resucitaste, sin darte cuenta, cuando naciste. ¿Sentirás dolor? ¿Acaso siente el tejido la propia disolución? Es decir, con otras palabras, ¿qué será de tu conciencia? Veamos. Desear conscientemente dormir es verdadero insomnio, intentar conscientemente advertir el trabajo de la propia digestión es ir en busca de un trastorno de tipo nervioso. La conciencia es un veneno, un instrumento de auto-intoxicación para el individuo que la aplica a sí mismo. La conciencia es luz dirigida hacia afuera y que ilumina el resto del camino ante nosotros para evitar que tropecemos. La conciencia es el faro encendido en la parte delantera de la locomotora en marcha. Dirige la luz hacia el interior y se producirá la catástrofe". Jivago siguió hablándole hasta dormirla y al salir murmuró para sí: Cualquiera sabe lo que esto quiere decir. Me estoy volviendo una especie de charlatán. Exorcizo, curo imponiendo las manos". Y acaba con este párrafo: "Al día siguiente Anna Ivanovna esta mejor".

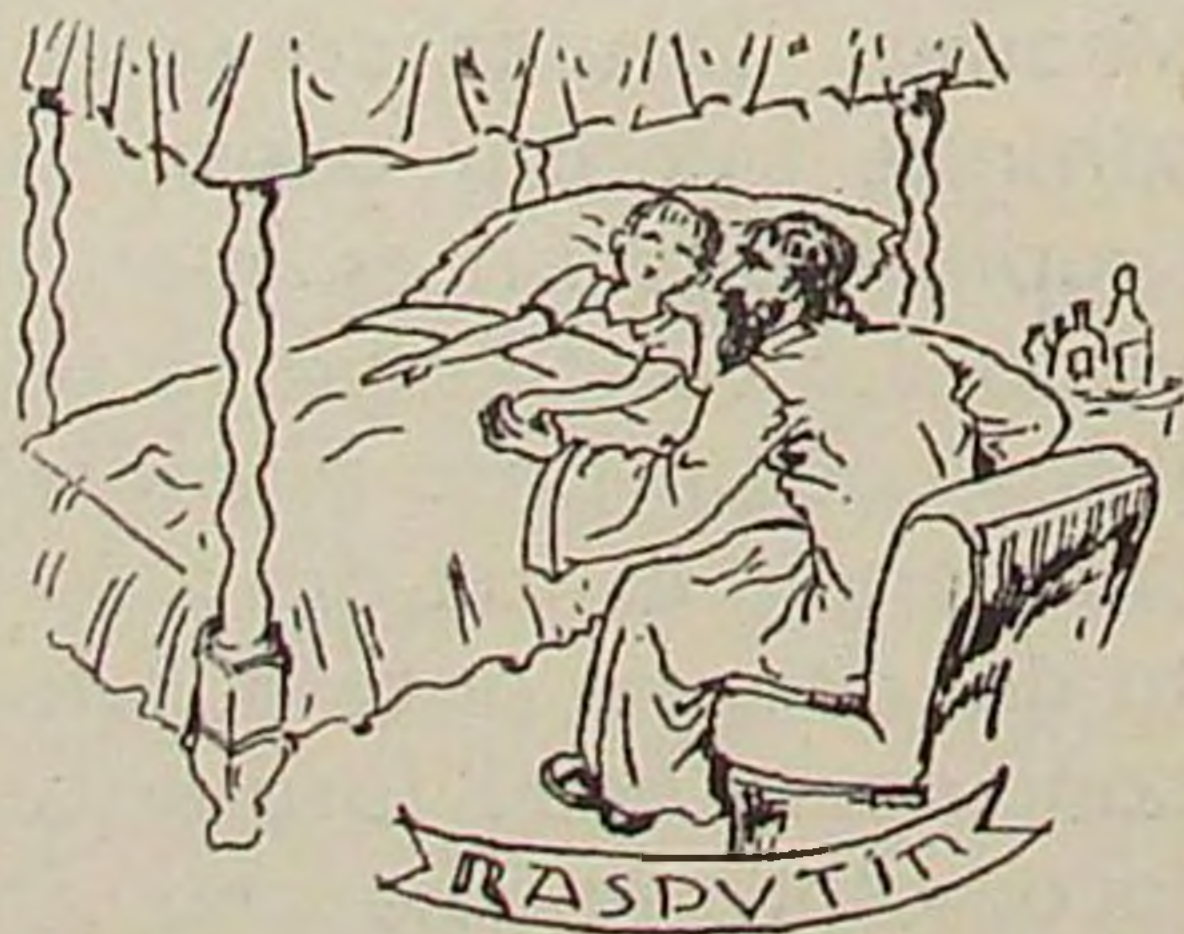




Esta página es magistral, recuerda al médico hipnotizador que atendía a María Antonieta, aquel Dr. Gilbert de Dumas pero con más filosofía y sobre todo con más sencillez gusto, así como también al monje Rasputín llamado por el Zar para atender una rara dolencia del niño zarevich insomne por terrores nocturnos. El clínico válido también logra calmarlo con su técnica de empírica psiquiatría, magnetizando por los ojos: Alioscha... Alioscha... le murmuraba, y el príncipe se dormía. (Alioscha-Alexis).

Parece que el escritor, encariñado con el tema cita una bruja, la partisana o mujer-soldado Kubarikha, que hasta exorcizaba vacas enfermas reemplazando —a veces con ventaja— al veterinario, y actuaba a ratos como gitana diciéndole buenaventura y así en 12-7, le hace decir a su hechicera partisana: "Mira Agafia, ahora por ejemplo, piensa con quién quieres divertirte y bastará que me lo digas. Haré que venga el que tú quieras. Si quieres vendrá el jefe de todos vosotros, el jefe de los bosques, o Koltchak, si quieres. O el zarevitch Iván, si quieres. Crees que lo digo por decir, que miento? No, yo no miento. Mira, escucha. Vendrá el invierno y vendrá la tormenta, y lanzará sobre el campo torbellinos de nieve y remolinos de aire...." Y acaba así el párrafo: "Vete —dijo la hechicera a Agafia— Exorcisé a tu vaca y sanará. Rézale a la Virgen. En verdad ella es la casa de la luz y el libro de la palabra viva".

Parece que el escritor, encariñado con el tema cita una bruja, la partisana o mujer-soldado Kubarikha, que hasta exorcizaba vacas enfermas reemplazando —a veces con ventaja— al veterinario, y actuaba a ratos como gitana diciéndole buenaventura y así en 12-7, le hace decir a su hechicera partisana: "Mira Agafia, ahora por ejemplo, piensa con quién quieres divertirte y bastará que me lo digas. Haré que venga el que tú quieras. Si quieres vendrá el jefe de todos vosotros, el jefe de los bosques, o Koltchak, si quieres. O el zarevitch Iván, si quieres. Crees que lo digo por decir, que miento? No, yo no miento. Mira, escucha. Vendrá el invierno y vendrá la tormenta, y lanzará sobre el campo torbellinos de nieve y remolinos de aire...." Y acaba así el párrafo: "Vete —dijo la hechicera a Agafia— Exorcisé a tu vaca y sanará. Rézale a la Virgen. En verdad ella es la casa de la luz y el libro de la palabra viva".







Por lo visto a Jivago, como buen científico no le gustaba la magia ni las ciencias ocultas tan caras a Goethe y enojado con un visitante aficionado a tales artes comenta: "Durante dos horas me ha abrumado con la lectura de esas majaderías. Texto poético

del simbolista A, para la sinfonía cosmogónica del compositor B, con los espíritus de los planetas, las voces de los cuatro elementos, y así sucesivamente. Tragué quina hasta que no pude más y entonces le supliqué que me dejase en paz. (2-10).

"De pronto lo he comprendido todo. He comprendido por qué hasta en el Fausto hay siempre algo mortalmente insoportable y artificioso. Es un interés preconcebido, falso. El hombre de hoy no siente estas exigencias. Cuando se ve asaltado por los interrogantes del Universo se sumerge en la física y no en los hexámetros de Hesíodo. Pero no se trata sólo del hecho de que tales formas hayan envejecido y sean anacrónicas y que esos espíritus del fuego y del agua llevar de nuevo a confundir lo que la ciencia aclaró para siempre. Este género contradice el espíritu del arte contemporáneo, su esencia, los temas que lo solicitan. Estas cosmogonías eran legítimas antiguamente, cuando sobre la Tierra los hombres eran todavía tan raros que la humanidad no podía ignorar la naturaleza. Había mamuts y era reciente el recuerdo de los dinosaurios y los dragones. La naturaleza ofrecíase descubierta totalmente ante el hombre y lo superaba tan plenamente y con tal evidencia que tal vez todo estuvo realmente lleno de dioses. Eran las primerísimas páginas, el comienzo de la crónica humana".

Y, Jivago acaba con esta boutade: "El Mundo antiguo acabó en Roma por exceso de población". (Atraso técnico versus natalidad).



Según vemos, en las últimas páginas, Jivago se engrandece con su ciencia, con su medicina y como bio-filósofo, no con sus poemas ni sus anécdotas revolucionarias, domésticas o amorosas. Hasta nos recuerda al Blasco Ibañez



ennoblecido con "La Catedral" a la que infiltró su positivismo lógico. Sin embargo no hemos de olvidar al autor australiano citado, que en nuestra modesta opinión ha superado —en el aspecto puramente histórico-documental— al "Doctor Jivago" con su: "La Revolución Rusa".

Gracias a que Moorehead consiguió permiso para estudiar los documentos secretos de la Cancillería alemana, pudo componer uno de los estudios históricos más fascinadores de este siglo. Téngase en cuenta que el autor no es un literato famoso, ni un poeta, ni se las da de filósofo, es un sencillo periodista que se propuso investigar a fondo la enorme documentación, y este auténtico informe que es su libro le ha prestigiado hasta elevarlo a la categoría de los más famosos autores contemporáneos.

De su ecuánime realismo da fe este párrafo: "Es asombroso que la revolución rusa, el acontecimiento político más importante de los tiempos modernos, el que más ha hecho para forjar nuestras vidas, haya entrado en la historia de un modo tan inesperado. Y, como si dijéramos sin timón. Parece haber entrado por la puerta falsa; y, a pesar de lo mucho que se había hablado sobre esto de antemano, resulta que cogió por sorpresa a sus principales protagonistas. Descoyuntados por la guerra, actuando sólo con dificultades en la clandestinidad, a los mismos partidos de izquierda la revolución les cogió por sorpresa. La mayoría de sus dirigentes vivían en el exilio o estaban confinados en Siberia. Y casi todos ellos peleaban violentamente entre sí. Por esta época, Lenin llegó a decir que no creía vivir lo bastante para ver la revolución", y sigue: "¿Cómo es posible que en los meses que van desde la primera gran nevada de 1916 hasta que empezó el deshielo en la primavera de 1917, se derrumbara el formidable Imperio de los zares?".

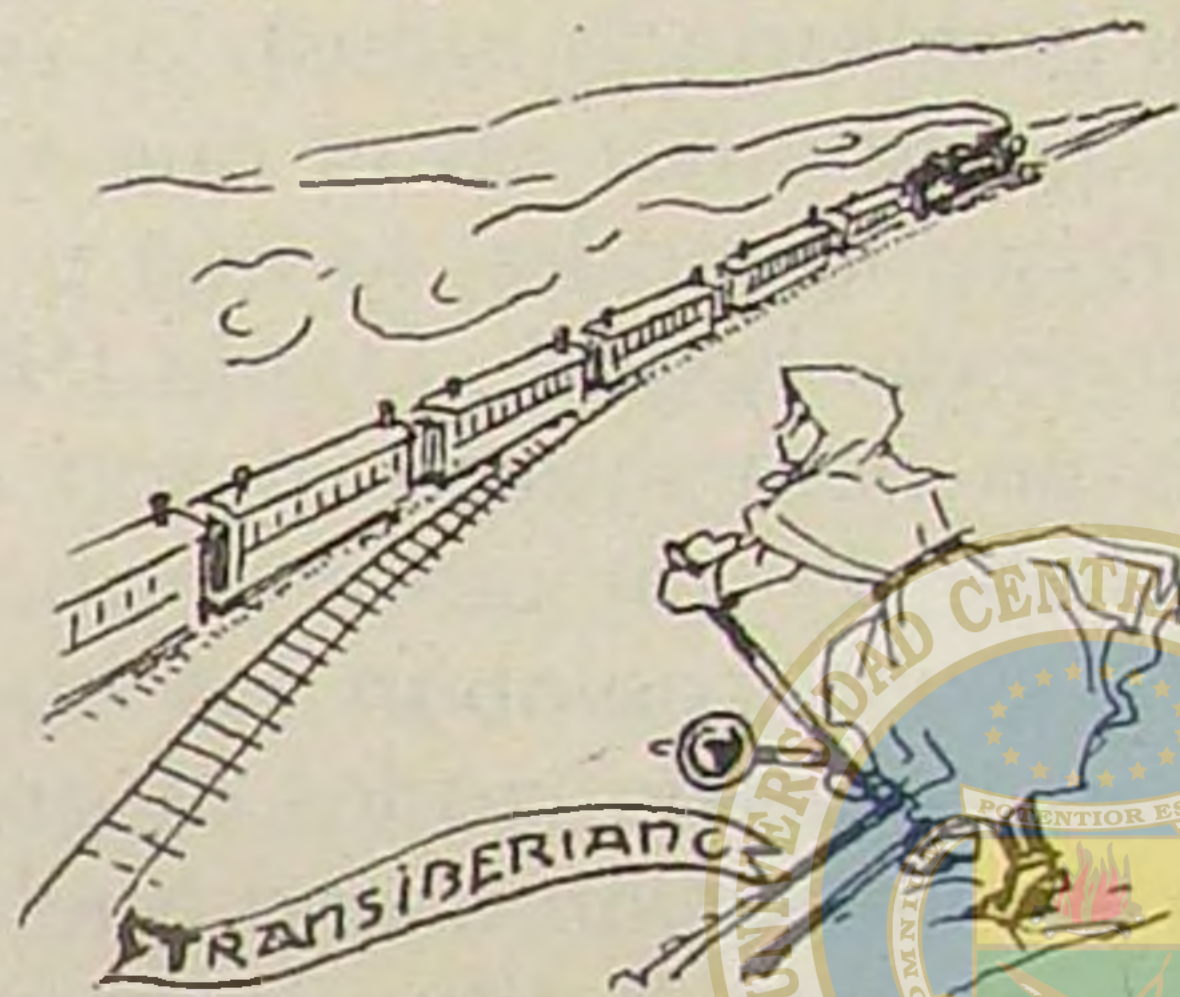


su caballo, en pleno galope; al mujik con su blusón; a la du-

Moorehead describe con maestría este paisaje urbano an-  
cient regime. "Podemos figura-  
nos muy bien al portero estacio-  
nado ante el palacio con su casa-  
ca negra llena de cordones bri-  
llantes y su gorra de militar un  
poco ladeada, podemos imagi-  
nar al gran duque con sus meda-  
llas; al cosaco inclinándose de  
su caballo, en pleno galope; al mujik con su blusón; a la du-



quesa vestida de satén blanco con su peinado de nido de pájaro, su cintura de avispa y su amplio descote; el profesor universitario con sus lentes estrechos, y al pope ortodoxo con su sombrero de tubo de estufa. . . Y detrás de estas figuras hay siempre el mismo fondo teatral: el salón de baile rodeado de columnas; las filas del palco de la Opera; el águila rusa del escudo imperial; las cúpulas bulbosas en el cielo pálido; la nieve; la estepa; un tren, aquel famoso transiberiano recto, recto, perdiéndose en la inmensidad de Siberia". Descripción folklórica de tópicos turísticos.



He aquí una cita, reveladora, de que desde el siglo XIX ya existían líneas férreas que cruzaban en todos los sentidos la vieja Europa en plena expansión industrial entre las que se destaca como una proeza el transiberiano hasta el Pacífico que une Moscú con Irkutsk, la línea más larga del

Mundo ya que tiene una longitud de 5.357 kms., cruza dos continentes y es de doble vía.

Es probable que si algún ingeniero en plan turístico observara de cerca sus railes leería en relieve a lo largo de ellos, Krupp-Essen, o bien Sheffield-England, como indicio de que la autocracia de los Romanov habría recibido la ayuda de contratistas germanos o británicos, como por cierto la recibieron la mayoría de los países que tendieron líneas. Hoy que casi todos están electrificados, presenciamos su modernización hecha generalmente por elementos autóctonos dada la generalización de la gran siderurgia.

Sin embargo no olvidemos la vieja proeza de nuestros abuelos que sólo disponían del invento de Stevenson con el escaso rendimiento útil de un 5% respecto al peso de la hulla utilizada, proporción mejorada con el advenimiento de las locomotoras Diesel pero que no llegan con mucho a la ligereza, duración y economía por km., recorrido de las eléctricas en servicio desde 1925 en varias naciones.

Como los demás países europeos, la Rusia zarista también progresaba, sobre todo desde 1880 año en que varias empresas poderosas se volcaron sobre la cuenca del Donetz para explotar sus ricos minerales carboníferos, fecha en que se puso de moda entre la aristocracia erigir fábricas de hi-



lados y tejidos surgiendo una nueva generación de alta burguesía doblada de hacendados y fabricantes. Por toda aquella Europa post-romántica que creyó en un período de paz definitivo después de la guerra del 70 franco-prusiana, brotaban industrias textiles con su fuerza a vapor y altas chimeneas o bien a la vera de los ríos con la hidráulica. Para las señoritas por merecer, el mejor ensueño se refería a un galán "hijo de fabricante", símbolo infalible y millonario de la primera revolución industrial.

Pero tal triunfo de los ingenieros textiles y sus máquinas implicó el de la aparición del proletariado industrial que en ciertos casos formaba un equipo familiar en el que trabajaban el abuelo, hijo, nieto y hasta la madre, lo que a su vez desorganizó el tradicional "seno del hogar". Desde 1905 estallan las huelgas gigantescas en Petersburgo al son de "la Internacional" himno socialista de un autor francés (¡arriba los pobres del Mundo!) y que copiaban los huelguistas de diversos países también industrializados al grito de, menos horas y más jornal. En contestación a una huelga de brazos caídos de las enormes fábricas Putilov la gerencia despidió a sus 30.000 obreros de ambos sexos. Citas éstas para demostrar cómo al advenimiento de la revolución Rusia ya estaba en buena parte industrializada y había cruzado todo el territorio con vías anchas de 1,70 al igual que en India, Balkanes, España, Portugal y algunos Estados de U. S. A. Dato tomado precisamente del Doctor Jivago.

Aquellos opulentos fabricantes salían de sus grandes fábricas en sus elegantes landeaux de dos briosos corceles, guiados por el clásico cochero de patillas, sombrero de copa con pequeña cresta ornamental, la galoneada levita y unas botas de agua anchas y negras pero con la caña de esmalte rosado. La elegancia del auriga se realzaba con un afectado envaramiento y el discreto uso del látigo, más ligero y fino que una caña de pescar y de ahí el "pescante" o lugar del cochero que con su lacayo cuidaban del buen servicio a los señores. Estos llegaban a su palacete invariablemente diciocchesco ya que la mayoría encargaba a los arquitectos parisienses su lujosa mansión, así como los zares se valían de ingenieros "versallescos" para recomendar al Municipio que realizara sus proyectos grandiosos o "perspectivas" por ejemplo, la Nevsky. De este modo se multiplicaban los petit y grand Trianon tardíamente, lo que por cierto también ocurría en la mayoría de ciudades europeas hasta que cansa-



dos de tanto neo clásico y "copeto", se lanzaron enajenados hacia el Modern stil del látigo y la serpentina.

Sin embargo, este período de expansión industrial enmarcado dentro de dicho modernismo con la ostentosa aristocracia agrícola de los grandes duques que invariablemente poseían otra casa en París para sus derroches y orgías, se vio interrumpido en 1905 por la cruenta y lejana guerra ruso-japonesa en la que jugó tan importante papel el flamante tren transiberiano así como las grandes nevadas que lo paralizaban cuando más urgían sus servicios, cosa que pudo observar Pasternak pero que pasó de largo en su narración.

Ciertamente que tanto el autócrata zar con su camarilla uniformada como el no menos despótico emperador japonés con su estado mayor, disponían virtualmente de todos los recursos nacionales movilizados. Pero este último —por razones geográfico-estratégicas— se valió de su escuadra (muy moderna para la época), mientras que el zar dependía casi exclusivamente del largo ferrocarril sujeto a las citadas interrupciones por nevadas, averías y congestión de servicio, por todo lo cual las consecuencias —es decir derrotas— no tardaron en hacerse sentir.

Si a esto se añade las sublevaciones (Potemkin), las revueltas populares impulsadas por el hambre, el frío y la acción de los nacientes núcleos revolucionarios, se comprenderán mejor los reveses de las fuerzas imperiales desmoralizadas en el famoso terminal marítimo del extremo Oriente (Vladivostok), mientras que las japonesas, integradas por una flota muy superior desembarcaban descansadas y vigorosas, con un espíritu no sólo defensivo como el de los rusos de tierra sino en plan eufórico de conquista, alentados además por una retaguardia insular unida, segura y fanatizada por aquella "voluntad de imperio" casi mística (religión Shinto) y que nunca ha abandonado a tan dinámico como sufrido pueblo. El más resistente y laborioso del Mundo por severa selección natural (terremotos, ciclones, volcanes, superpoblación, carencia de minerales, déficit agrícola, etc.) en uno de los peores climas del lejano Oriente.



La paz precaria de los diez años siguientes, es decir hasta 1914, se vio minada por la ceguera de una numerosa y altiva aristocracia que proveía al zarismo de almirantes, generales y diplomáticos, todos ellos sordos a las prudentes advertencias de Stolypin el vidente político que tanto hiciera por salvar la situación. Dicho período también se resentía de la gradual infiltración de las nuevas ideas maduras en Alemania, Suiza e Inglaterra e incubadas por el idealismo altruísta del patriarcal Tolstoi y el existencialismo desgarrado del epiléptico Dostoiewsky.

Entre tanto los negocios decaían en aquella Europa aún alegre y confiada mientras que en plena expansión, Alemania plenamente integrada bajo la égida vigorosa de la casa de Hoenzollern, competía con éxito junto con el Japón victorioso en los mercados del Mundo. El factor quiebras industriales, comerciales y bancarias se hacía sentir dramáticamente en las áreas de habla inglesa, francesa, italiana y holandesa mientras centenares de desempleados deambulaban sin norte por las calles de sus ciudades y villas. Sobre todo en los años 1912, 1913 y 1914, la situación se hacía cada vez más grave en tanto que la entonces todopoderosa "Home fleet" se iba reforzando más y más.

A pesar de la acción diplomática del amortiguador imperio Austro húngaro de los Habsburgo-Austria, las citadas rivalidades se enconaban por la crisis y con ellas el fermento belicoso que estalló con el pretexto del asesinato en Sarajevo.

La no confesada lucha por los mercados que ya se dio en las Cruzadas, se reanudaba tanto en 1914 como 1939, precedida de crecimientos demográficos, baja de precios, competencia desleal y quiebras bancarias como las citadas, y su consecuente miseria desembocó en aquel giro heroico del diplomático "Casus belli" y las movilizaciones entre psicosis de guerra, instrumentada con himnos marciales como La Madelone, Deutschland uber alles, Tipperary, etc. que acompañaban a bien morir "pour la liberté", fuese ésta liberal democrática, marxista, fascista o nacional socialista.

Por suerte para la historia contemporánea, en este año 1962, sobreviven dos grandes testigos de los magnos eventos ocurridos desde los últimos años del siglo pasado hasta hoy: Lord Bertrand Russell, biólogo y filósofo insobornable

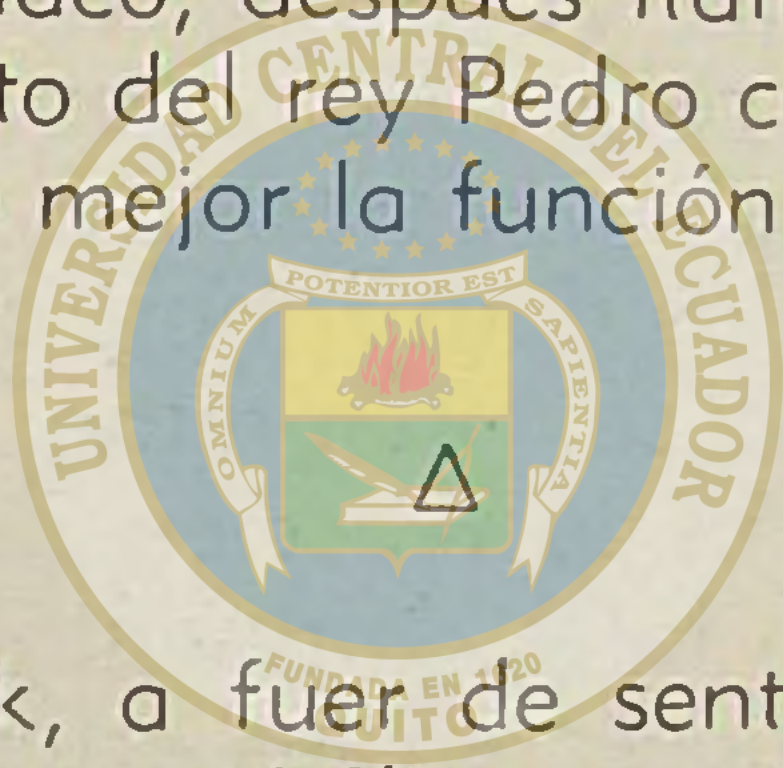


y objetivo, con Sir Wishton Churchill ex-premier, sagaz crítico y ecuaníme historiador.

Dos testimonios de alta calidad pero que, como tantos otros insignes narradores, no insisten mucho en este fenómeno económico de unas guerras cuyo principal objetivo fue el de demoler las fábricas de la potencia industrial competidora.

Las dramáticas preguntas que antes de morir de sus heridas se habían hecho los combatientes movilizados, ¿Por qué luchamos? ¿Por quién luchó mi padre hace veinte años?, ¿y, mi abuelo al que no llegué a conocer? ¿Se cubrieron de gloria?, o es impertinente citarlo!

O bien, como se preguntaba aquel vecino de la isla de Arbe en el Adriático: ¿Bajo qué bandera estoy?... de conscripto fui austriaco, después italiano, otra vez austriaco, más tarde súbdito del rey Pedro como yugoslavo, y ahora bajo Tito. Y, a lo mejor la función no ha terminado aún.



Boris Pasternak, a fuer de sentimental y poeta pudo alegar que tales aspectos bélico-económicos "no estaban en él", no los sentía y por lo tanto los pasó como por ascuas, pero si fue ante todo un artista y no médico quizá no recordaba que a comienzos del tan zarandeado siglo XX, y paralelas a los citados episodios, las artes seguían viviendo y por cierto dentro de un dinámico ritmo impresionista, cubista y modernista. Las ciencias también avanzaban estimuladas por la primera guerra durante la cual tantos experimentos desembocaban en vacunas, sueros y drogas que luego salvaban a muchos heridos antes desahuciados.

Desde el año 1918 o el del armisticio hasta 1939, en que estalló la segunda guerra mundial, la concesión de Premios Nobel fue muy pródiga ya que los descubrimientos e inventos se sucedieron profusamente, y todos recordamos con gratitud la etapa ulterior de los antibióticos, trasplantes, hormonas y vitaminas sintéticas, los resucitadores, la terapéutica cardíaca, etc., hasta las aplicaciones del átomo.

Salvando el respeto debido recordaremos que Pasternak tuvo tiempo de vivir dicha gloriosa época científica, estudiarla como filósofo y escritor para ofrendar a sus contemporáneos y sucesores o herederos el fruto de sus experien-



cias y conclusiones, y por lo demás siempre le habría que dado algún rato para sus poemas las más de las veces sentimentales como ya citábamos.

Es probable que hasta nos hubiera podido narrar la vida en los nuevos hospitales y sanatorios de su ciudad, los estupendos logros de la moderna cirugía de su país, y hasta aquellos originales experimentos de injertar la cabeza viva de un perro en el cuello del otro hechos por el Dr. Demikhov, así como el de ligar tejidos nerviosos para los injertos. Datos que sólo hemos obtenido gracias al corresponsal americano Edmund Stevens. (LIFE)

Si tal aspecto no le hubiese agradado podía relatarnos la vida artística dentro del marco de las grandes salas de conciertos instrumentales y corales, cómo funciona la gran Opera y cómo aparecen las nuevas divas y divos, cómo interpretan su partitura respectiva y con qué fidelidad y estilo. Qué tono y brillantez presenta el gran Teatro de Ballet, cómo se educa a las danzarinas, qué autores cooperan a los programas, cómo se interpretan hoy los decorados y la luminotecnia, cuál es la reacción del gran público y la docencia que implican tales representaciones. Qué pensaba de las influencias europeas en las artes de su patria, sobre todo de las francesas a las que tradicionalmente fueran tan afectos sus compatriotas. Cómo veía los grandes circos y sus ballets sobre hielo. Para un escritor no dejan de ser fascinadores los casos de accidentes a los domadores, a los patinadores, las dislocaciones de las danzarinas, las fracturas de los audaces trapeceistas sin red, los atropellos de los caballos a los servidores, en fin tanto omitió el anciano poeta que bien podría escribirse otro Jivago con los capítulos que se le olvidaron a Pasternak (como afectuoso remedo al gran escritor ecuatoriano Juan Montalvo).



De hecho se había formado una especie de eje cultural París-Petrogrado, sobre todo musical y coreográfico, eje por el que viajaban utilizando el famoso Orient Express con sus Wagons lits, los grandes artistas, sobre todo los compositores con resabios aún románticos pero que por lo mismo llegaban y aún llegan al corazón de las multitudes. Rimsky, Tchaikowsky, Ducás, etc., mientras el que sería genio del



siglo XX, Igor Strawinsky estaba componiendo su temprana obra maestra: Petrouska.

Entre tanto, Lenin y Trotsky se enzarzaban en excepcionales polémicas con los sabios alemanes a propósito de los cauces por los cuales debían discurrir las ciencias, caso rarísimo entre políticos y que tanto el químico Buchner como el físico Bunsen y el médico Erlich experimentaron y relataron.

Otro caso de excepción entre la nobleza se dio con el barón Serge de Diaguilev que asumió la dirección de los ballets de la Opera Imperial, abrió una academia en París y acosado por la revolución reclutó lo más florido de sus artistas llevándolos a la Ville Lumiere donde fundó los famosos Ballets de su nombre. En ellos se destacaron estrellas como la eximia Ana Pavlova, el gran Waklav Nijinsky campeón de altura y precursor de la imponderabilidad, La Karsavina, deliciosa protagonista de Silphides, Lidia Lopokova, la del Espectro de la Rosa, casada con el director de orquesta belga Ernst Ansermet quien por largos años tuvo a su cargo la batuta de los Ballets y del cual se divorció para casarse con el célebre economista inglés Lord Maynard Keynes. El danzarín de rasgos más duros del mundo, Nicolás Swerev pero que creó el prototipo maravilloso del altanero pachá del ballet Petrouska ya citado, Leonid Massine, el italiano que llegó a espiritualizar al enamorado arlequín vejado por el citado moro de la cimitarra que acapara a la ballerina, y por último el capitán de aquella abigarrada fragata coreográfica, y regisseur general que tenía bajo su férula a la numerosa troupe: Serge Grigoriev.

Es así como mientras en los frentes de batalla morían por millares, tirios y troyanos, los neutrales enriquecidos por los urgentes pedidos de guerra se daban el lujo de contratar la institución teatral de más alta categoría y fastuosidad que jamás actuara en los mejores escenarios del Mundo.

Diaghilev tuvo la suerte de contar con colaboradores de la talla de Picasso, de Pabst, de Strawinsky, de Gris, de Metzinger, etc. y de la élite de figurinistas, sastres y escenógrafos que jamás fueran coordinados por uno de los más grandes empresarios, que en gusto y administración sólo puede compararse con el legendario americano Barnum, el de los inmensos circos. Lástima que nuestra breve noticia,



en parte presenciada, no nos la cuente en su novela-autobiográfica el poeta Pasternak.



Prosigamos ahora ante el libro del australiano donde cita la inexplicable ceguera del cuerpo diplomático acreditado en la capital zarista mientras se tambaleaba el trono de Nicolás II, como por ejemplo, en el caso del embajador británico Mr. Buchanan que en 9 de marzo de 1916 informaba a Londres "Hoy han ocurrido algunos desórdenes pero nada serio" . . . sin embargo y cuando este inglés expresaba al zar la preocupación de su gobierno por la situación de Rusia, el emperador le contestaba: "Quiere Ud. decir, embajador, que debo yo reconquistar la confianza de mi pueblo, o es mi pueblo quien debe recobrar mi confianza?".

El autor no se explica la frívola indiferencia con que la población iba presenciando unos acontecimientos tan trascendentales. Cuando oían el tableteo de las ametralladoras la gente creía que eran prácticas de tiro, no hacían el menor caso de aquellos abarrotados camiones de reclutamiento y no era raro ver cómo entre disparos sueltos pasaba impávido el carro del lechero. Hasta las mecanógrafas de las oficinas se limitaban a asomarse para estirar las piernas, dar un vistazo y volver a su máquina como si tal cosa.

Otro embajador, el francés Monsieur Maurice Paleologue daba una cena donde los invitados apenas hablaban de los disturbios enredándose más bien en bizantinas discusiones sobre cuál era la mejor diva de la Opera, la linda bailarina del french can-can y el pintor de moda, mientras a pocos metros ya empezaban a deambular grupos de obreros y soldados en franca camaradería.

Mientras Lenin permanecía aún exilado en Suiza, el zar adoptaba actitudes de inexplicable impavidez, exigía de los palaciegos la más estricta etiqueta y de sus servidores los irreprochables y suntuosos servicios, como si nada ocurriera fuera del inmenso palacio hasta que un día, según cita Moorehead: "el zar pasó de la más encumbrada y radical autocracia a la nada, sin que se descompusiera el gesto, se-



lamente en su diario, aquella misma noche, dejó un patético grito: A mi alrededor sólo hay traición, cobardía y engaño!



En medio de tales episodios de todos conocidos por la inmensa literatura editada desde hace medio siglo, no puede pasar por alto la figura clave del sagaz y citado político, el premier Peter A. Stolypin, que como un vidente que intuía lo que se estaba viniendo encima se apresuró a picar una amplia y generosa reforma agraria o "revolución desde arriba", ayudado de los mejores agrónomos y economistas disponibles y hasta de una especie de carta blanca otorgada por el autócrata. Proyecto que a lo mejor y dadas las graves circunstancias significó su sentencia. Es así cómo Stolypin fue victimado por el jefe de su escolta en el palco real de la Opera de Kiev mientras se estaba representando Tzar Saltán y en presencia de la familia imperial.

Esta desaparición, declara el escritor australiano, resultó políticamente una encrucijada decisiva en la vida de Rusia.

Como vamos viendo y a medida de tan ecuaníme "informe" notamos y deploramos más y más las lagunas históricas que se advierten en Jivago, que bien pudo llenar su autor con tan originales datos que no podía ignorar en su calidad de intelectual ruso y testigo presencial de muchos episodios, por ejemplo, ¿por qué no escribió cosas tan peregrinas y casi increíbles como la de que en 1907 y durante su exilio en Londres, Lenin fue acogido por el que después sería premier laborista Ramsay Mac Donald, logrando para el grupo de emigrados la cesión de una iglesia evangélica en Whitechapel donde hacer sus mítines?, ¿y el resentimiento de los fieles de la secta "socialistas cristianos" al ver que después de tres semanas no se les devolvía su templo? ¿Por qué dejó Pasternak en el tintero el dato de que Lenin recibió ayuda del Kaiser Guillermo a fin de derribar al zarismo? ¿Así como el episodio capital de la paz de Brest-Litovsk a que luego habían de llegar la Alemania imperial y el Gobierno bolchevique? 650 págs. daban para mucha más historia que la de Jivago.





En la carta de retractación que transcribimos al final declara el mismo autor que hacia 1954 "ya había sido presentado como candidato al Premio cuando mi novela no existía aún".

Es obvio que para tal candidatura se habrían tenido en cuenta varias de sus obras anteriores que desde luego no tuvieron ni con mucho la resonancia de esta, por ejemplo, su autobiografía titulada "Salvoconducto" (1930), o "Bosquejo de un autoretrato"; otra vez el dichoso Ego, actitud inmodesta hacia la que resbalan lastimosamente tantos autores en la vejez y que fastidian bastante a sus lectores, sobre todo jóvenes.

El crítico alemán J. Klanfer deplora esto como nosotros cuando dice: "¿Es posible admitir que la personalidad de Pasternak se formó al margen de tales contingencias?" (es decir de los episodios revolucionarios citados). Y nosotros añadimos: ¿No serán tan sistemáticas omisiones la consecuencia de un miedo no confesado? Porque durante nuestros viajes hemos constatado a menudo que muchos dignos padres de familia acomodados dentro de países totalitarios destacan con énfasis su convencional entereza de ánimo, la cabal hombría y personalidad mientras soslayan cuidadosamente toda alusión al régimen que "les tiene tranquilos" dentro de la muralla invisible del control del pensamiento y la economía, camuouflada por el auge del turismo y los deportes.

¡Ya soy viejito!, parece implorar, denme permiso para acabar mis días en la quinta de madera! Ya no lo haré más!, exclama como niño pillado en una travesura. Todo puede perdonársele al autor menos que desconozca la historia edificante de Sócrates, y de tantos valerosos ancianos que sobreponiéndose a la vejez siguen rindiendo culto a la valentía y al estoicismo. Al fin y al cabo, con un pie en la tumba la gallardía constituye un testamento espiritual edificante para las nuevas generaciones.



(1) Transcribimos aquí la retractación pública enviada —como se dijo— al diario PRAVDA y que pese a nuestros reparos concernientes a la fidelidad de las traducciones creemos que es bastante fidedigna habida cuenta del cotejo rea-



lizado entre recortes de diarios de diversos países e idiomas los que casi coinciden. Este material de archivo está en italiano, inglés, francés y portugués pero falta el impreso en alemán y ruso, las dos lenguas en que escribía Pasternak y que ignoramos.

FECHA

DIRECTOR DE PRAVDA

CIUDAD.

Sr. Director:

Me dirijo a la Redacción de Pravda para rogarle que publique mi declaración. Mi respeto a la verdad me obliga a obrar así.

Así como todo lo que me ha sucedido ha sido consecuencia natural de los actos cometidos por mí, así también todas mis manifestaciones con motivo del Premio Nobel que me ha sido concedido han sido libres y voluntarias.

Acogí la concesión del Premio Nobel como una distinción literaria: me alegré y lo expresé en un telegrama al secretario de la Academia sueca Anders Oesterling. Pero me había equivocado. Tenía mis razones para equivocarme de ese modo pues ya había sido presentado como candidato al Premio, por ejemplo hace cinco años cuando mi novela no existía aún.

Una semana más tarde al ver las proporciones que tomaba la campaña política que se ha hecho en torno a mi novela, y habiéndome convencido de que esta concesión era un acto político que había tenido consecuencias monstruosas, he enviado mi renuncia por mi libre albedrío.

En mi carta a N. S. Krushev, he declarado que estaba ligado a Rusia por mi nacimiento, por mi vida y por mi trabajo y que no podía ni pensar en abandonarla y marcharme al exilio. Al hablar de ese vínculo no sólo tenía en cuenta el de parentesco con la tierra y la naturaleza sino también, naturalmente, con su pueblo, su pasado, su glorioso presente y su porvenir. Pero entre ese vínculo y mi persona, los obstáculos creados por mi propia culpa se interpusieron como un muro.

Nunca he tenido la intención de perjudicar a mi Estado ni a mi pueblo. La redacción de "Novy Mir" me había



advertido que mi novela podía ser interpretada por los lectores como una obra dirigida contra la revolución de Octubre y las bases del régimen soviético. No se me había ocurrido pensar en ello y hoy lo lamento.

En efecto, si se consideran las conclusiones que se derivan del análisis crítico de mi novela, parece como si yo quisiera sostener en ella las siguientes tesis falsas: Parezco estar afirmando que toda revolución es un fenómeno históricamente ilegítimo, que la Revolución de Octubre es una de estas cosas ilegítimas, que ha traído desgracia a Rusia y que ha aniquilado a la tradicional inteligencia rusa.

Está absolutamente claro para mí que no puedo suscribir tales afirmaciones, que llegan al absurdo. Sin embargo mi obra fue galardonada con el Premio Nobel y con ello ha dado lugar a una interpretación tan lamentable. He ahí la razón de que en resumidas cuentas, haya renunciado al Premio.

Si la edición del libro hubiera sido suspendida, como se lo pedía a mi editor italiano (las ediciones en los demás países han sido hechas a espaldas mías) habría probablemente conseguido arreglar esto, por lo menos en parte. Pero el libro está impreso en el extranjero y es ya demasiado tarde para hablar de ello.

Durante esta tormentosa semana no he sido objeto de persecuciones, no he arriesgado mi vida ni mi libertad: absolutamente nada. Insisto en que todos mis actos los realizo libremente. Los que me conocen saben que nada puedo obligarme a mentir a mí mismo o a obrar contra mi conciencia. Y lo mismo me ha ocurrido esta vez. Es superfluo decir que nadie me ha obligado a nada y que hago esta declaración con mi alma libre con una luminosa fe en el porvenir general y en mi propio porvenir, con orgullo en la época en que vivo y por los hombres que me rodean. Tengo la convicción de que hallaré en mí las fuerzas suficientes para recuperar mi buena reputación y la confianza, comprometida por mí, de mis camaradas.

**Boris Pasternak**